

EL DOLOR DE LAS COSAS

Joaquín Rubio Tovar

Todos los vecinos sabían que Luis padecía terribles jaquecas. Con el tiempo, el dolor había adquirido un poder extraño sobre su familia y los vecinos, que guardaban silencio cuando se enteraban de que estaba acostado. Los niños no hacían ruido en el pasillo ni se peleaban. No se oía un ruido en la cocina, los vecinos del descansillo, aviados de que Luis estaba echado, cerraban las puertas con cuidado exquisito y los ruidos en el patio parecían amortiguarse como si el dolor fuera una realidad poderosa capaz de controlarlo todo.

Había comenzado visitando al médico de su pueblo, luego a los de los pueblos de alrededor y finalmente, cuando tuvo que trasladarse por razones de trabajo a la capital, acudió a varios ambulatorios para que le diagnosticaran con más acierto la causa de sus males. Probó toda clase de analgésicos, se dejó tratar por médicos particulares, por acupuntores, por una curandera de Mérida que le recomendó unos caldos de hierbas, y acabó ingiriendo cualquier cosa que prometiera alivio a aquellos dolores atroces.

Pero la solución a sus males sólo llegó tras la visita a un centro especializado en el tratamiento de las jaquecas, que ponía a disposición del enfermo los avances de todas las disciplinas médicas, las convencionales y las menos tradicionales. La combinación de acupuntura, sesiones de onda corta en las vértebras cervicales, infusiones y caldos de médicos homeópatas, fármacos que favorecían la circulación de la sangre, analgésicos potentísimos y una vacuna contra un virus que producía dolores de cabeza en algunos varones melancólicos (y Luis era un modelo de hombre tristón y apagado), empezaron a proporcionar resultados sorprendentes. Comenzó a sentirse más aliviado y con ánimo para esperar la gran temporada de jaquecas, que se extendía entre marzo y septiembre.

La noticia de la leve mejoría fue acogida con entusiasmo en la oficina de Luis, cuyas jaquecas eran conocidas desde antiguo. El médico de la empresa había elevado a los superiores un informe en el que hacía constar su optimismo ante el resultado de las pruebas que se habían practicado al paciente y el comité en pleno felicitó a Luis y le animó a proseguir su lucha contra el mal. Había motivos para la esperanza. Todos los superiores le habían visto alguna vez marcharse a casa con la cara desencajada y regresar a la empresa un par de días después con el rostro entre azul y blanco, como si reflejara un esfuerzo extraordinario, un combate sobrenatural contra un enemigo atroz. Pero ahora se acercaba el momento de la verdad, el gran período de las jaquecas.

Parecía el guerrero en espera de una batalla. Hacía más de tres semanas que había recibido la última dosis de la medicina elaborada específicamente para él, de manera que, si todo iba bien, debería empezar a surtir efecto. Pero por si acaso preparó los caldos de hierbas, compró la medicina para el riego sanguíneo y realizó sesión doble de los ejercicios que le había recomendado el traumatólogo para las cervicales. Compró analgésicos por si eran necesarios en última instancia y como si se dispusiera a esperar a un enemigo que viniera de fuera, se atrincheró en casa. El psiquiatra le había advertido que era necesario un buen estado de ánimo para combatir la enfermedad. Era con-

veniente que estuviera distraído, ocupado en cualquier cosa que le agradara, y que no se obsesionara con la llegada del dolor. La estrategia le había hecho recuperar una ilusión que ya pensaba perdida para siempre. Sabía que el dolor se producía dentro de su cabeza, pero también sabía que el enemigo podía venir de fuera, que los cambios atmosféricos, las tormentas de viento y sobre todo las heladas podían sorprenderle en cualquier momento. Luis había decidido encerrarse en casa y esperar a que atacase el enemigo. Había comprado revistas, un nuevo listín de teléfonos para pasar a limpio el viejo, hojas para pegar un montón de fotos antiguas que rodaban por los cajones y se disponía a revisar algunos aparatos eléctricos averiados desde hacía meses. Todo iba bien al principio. No le dolía la cabeza: “y como me duela, decía con cierta chulería, que se prepare.” Y así fueron pasando los días, sin que el dolor apareciera.

Era martes y la primavera se asomaba ya en las flores rosas de los prunos. Hacía semanas que no llovía y había empezado a hacer calor. Luis había cenado fuera de casa la noche anterior y había dormido mal. Lo más lógico era que esa madrugada se presentara una jaqueca de las fuertes, así es que se preparó a conciencia. Tal y como esperaba se despertó muy temprano. No le dolía la cabeza, pero notaba una sensación extraña en el cuello y en las sienas. Se levantó sin hacer movimientos bruscos, se puso la bata y se sentó a esperar en la que él llamaba “butaca de las jaquecas”. El dolor no venía, pero parecía como si algo se hubiera activado en la zona de su cuerpo que acostumbraba dolerle. Los nervios, los músculos y las venas que recorrían el cuello, la nuca y las sienas llevaban soportando dolor desde hacía muchísimos años y ahora no podían transmitir aquella sensación. Luis sintió alivio al comprobar que el dolor no aparecía. Pero se había despertado por alguna razón. Su experiencia le decía que algo iba a pasar entre la nuca y las sienas y le avisaba, sin embargo no era el dolor. Por si acaso, Luis calentó agua y preparó la infusión que le había recomendado la curandera y se tragó dos pastillas de analgésico; después volvió a la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Notaba las sienas y la nuca, el dolor intentaba emerger pero no lo conseguía. La misma sensación se le presentó otras noches. Él tocaba las junturas de los huesos del cráneo para, como él decía, “tocarme el dolor”, porque a veces podía palpar con los dedos algunas terminaciones nerviosas que asomaban. El dolor no apareció. No le dolía la cabeza, pero sus sienas eran una caja de resonancia muy delicada, capaz de percibir cualquier sombra de malestar. El dolor pugnaba por extenderse y recorrer la nuca y luego las venas que regaban las sienas, pero no se decidía a emerger. En algún lugar del recorrido, seguramente en el origen, se producía un cortocircuito y no se activaba el dolor. Luis se sintió aliviado al principio. Era mejor experimentar aquella sensación que padecer una jaqueca, pero tampoco le agradaba despertarse de madrugada, como siempre le había sucedido cuando le dolía la cabeza, y sentir que no se desencadenaba. Estaba en potencia, presente, pero no estaba. El miedo y la aprehensión le empujaban a buscar todo tipo de explicaciones. El sistema de nervios, músculos y venas que conducía el dolor llevaba demasiados años activo como para ser exterminado de un plumazo para siempre. ¿A qué se iba a dedicar ahora aquel sistema sin nada que transmitir, silenciado para siempre, aletargado por algún medicamento de efectos imprevisibles? ¿Y si en vez de hacia la nuca y las sienas, el dolor decidía dirigirse a otro lugar del organismo y el día menos pensado le sorprendía con un mal mayor en cualquier otra parte del cuerpo?

Debería estar feliz y sin embargo sentía cierto resquemor, una intranquilidad que era infinitamente más soportable que el dolor de cabeza, pero que no le inspiraba confianza. Por un lado, nadie le decía que no le pudiera atacar de nuevo la jaqueca. Por

mentó cierto alivio, pero al volver a ponerlas encima sintió de nuevo la presión. Pasaban los días y Luis se despertaba como antes, hacia las cuatro de la mañana, y se sentaba en la butaca y puntualmente le dolía la mesilla de las guías de teléfono. No lo dudó. Esa misma tarde fue a comprar una mesita a juego con los muebles que, para escándalo de la familia, costó 75000 pesetas. Bajó la antigua al desván y la escondió entre unas mantas. Pero transcurridos unos días comenzó a dolerle la puerta derecha del aparador. Era un mueble de roble macizo en cuyas puertas había esculpidas unas figuras de gigantes. Uno de ellos le miraba cada madrugada con un gesto hosco. No podía sustituir el mueble por otro, así es que decidió buscar otra solución. Sacó de su caja de herramientas un buril y abrió un agujero en la frente de aquel jayán. Fue una intervención difícil que hubo de acometer de madrugada y con gran sigilo. Cuando hubo hecho el agujero metió dentro diez gramos de analgésico y los tapó con un trocito de cera que después coloreó de oscuro. La puerta labrada con cabezas de gigantes dejó de dolerle.

Fue más sencilla la solución con la mesa del comedor. El dolor de aquel vidrio era grande y rectangular. Esa misma noche roció la mesa con el caldo analgésico y la frotó con un paño. No tardó en sentirse aliviado pero al cabo de unos días le asaltaron dolores nuevos. Le dolían objetos y cosas que le habían pasado desapercibidos y que de pronto descubrían gracias al dolor. Un día le dolían los tubos del gas, otro un paraguas abierto y a veces le asaltaba un dolor que se llamaba martes por la tarde y tenía que esperar a que llegara el miércoles para sentir mejoría. Si antes la música le ayudaba a relajarse y le distraía, ahora se volvía contra él y le dolían las violas de una sinfonía de Sibelius y los graves de las sonatas de Schubert. Empezó a encontrar objetos que se habían perdido hacía años y que ahora encontraba sin dificultades porque el dolor le llevaba a una diminuta ranura del suelo en la que se escondían. Un día encontró la rueda de un pendiente que se había extraviado en las ranuras del parqué y otro una ficha de parchís que había rodado debajo de la lavadora. Iba pasando el verano y según otoñaba le empezaron a doler los castaños y si ventaba por las noches le dolían los olmos.